



Ilustración: Ana María Cadavid

Alejandra
Arcila
YEPES

Mi reflejo

En ti habito. Mi continente, mi casa y mi único lugar. Por ti sedentaria y fiel. Enfermo ante tu ausencia, te espero tras la puerta como un animal. Me veo en ti y multiplico tu reflejo. Aprendo tus palabras para imitarte bien. Tu energía me levanta y tu aire me salva. Historia es lo que duras unido a mí. Nada nos precede y nada nos supera. Ley es tu palabra. Si nombras la luz, yo alabaré al sol, recogeré los frutos y colmaré tu cuerpo con sus beneficios.

Pero no pareces conmovido. Tu mirada desatenta delata una búsqueda. Te sueñas en un territorio distante. Me imaginas presa, amarrada por los pies y las manos. Aspiras a una existencia separada de mis favores. Te quejas de mi obediencia infantil y te burlas de mis pesadillas.

Bebes los tragos como si fueran a extinguirse y, de vez en vez, me miras para acordar un brindis que no pronuncias. Pones allí toda tu fe. Chocamos las copas sin dejarlas mezclar y bogas el líquido con fervor.

Me levanto y camino. Cruzo mis brazos y te doy la espalda. Voy hasta alcanzar el lago. Veo mi rostro desfigurado frente al movimiento del agua. Permanezco indiferente hasta que escucho un lamento. Pareces agobiado por algún dolor o por la falta de aire, pero, como ya es costumbre, te quedas sin hablar, no reclamas mi ayuda. Supongo, entonces, que el licor hiere y quema tu garganta. Imagino que el aire huye de tu pecho contraído y te aprieta como una joven anaconda. Espero, no hago nada.

Sin voltear, apagado tu quejido, supongo que yaces tieso.

Luz solar

Fuego. Fulminante bala que abre y arruina el cuerpo. Infierno de los no bautizados, los lascivos, los golosos, los avaros, los iracundos y holgazanes, los herejes, los violentos, los maliciosos y estafadores, los fríos de corazón.

Se enciende la lámpara. Abajo están las piedras, los animales y distintas formas humanas. Despertamos orientados por su luz, vitamina para el hombre. Todo hierve. Y empiezan las máquinas a andar y el mundo a contaminarse. Mi cuerpo pierde agua. La emisión me duele en los ojos. Agujas calientes van punzando los círculos que los contienen. Levanto mis manos, siento mis párpados y exploro mis cuencas. Me doblo sobre el suelo y llevo la cabeza hasta casi tocar mis rodillas. Aprieto, sin temblar. Mis dedos, cual tenazas, actúan como órganos involuntarios.

Me saco los ojos.

Eva

Mientras en un movimiento veloz y preciso hago de las cebollas unos cuadros diminutos, lo veo a él entrar acalorado. No me mira, no me saluda. Se quita los zapatos y deja su saco en el sillón. Enciende el televisor en cualquier canal que transmita las últimas noticias y se queda allí con las piernas estiradas, esperando su comida. Supone que no intentaré huir ni pelear. Olvida que no es seguro discutir y mucho menos ignorar a quien nos sirve la comida.

Lola

Escucho con atención lo que él tiene para decirnos mientras observo su cuerpo en reposo sobre un pupitre como el nuestro. Creo entender que se refiere a su figura y a su postura cuando nos habla de la belleza.

Cada semana acordamos un encuentro. Bebemos y leemos a Capote, a Proust, a Wilde, a Joyce, a Tolstoi. Escucho sus opiniones y tomo nota de aquello que considero importante, hasta que la conversación, poco a poco, se va desviando a preocupaciones íntimas. Va confesando despacio cada uno de sus miedos y cada uno de sus apegos. Su alma desnuda descubre lo que la mirada ingenua no halla. Me habla de su madre, de su mejor amigo y del revolucionario cubano, Fidel Alejandro Castro, personaje idealizado en su época universitaria. Atiendo paciente y permanezco en silencio mientras él se detiene para vomitar. Me quedo a su lado reparando su cabello pintado y su arete de plata. El tiempo deteriora las máscaras.

Mis elogios se hacen escasos y su proceder ya no me es tan atractivo. Se deja ver frente al espejo intentando extender las arrugas de sus ojos. Saca el pecho y esconde el abdomen. Se observa de lado a lado, inseguro. Se hacen invisibles las cualidades de quien me excitaba con el olor de su chaqueta de cuero. Y no es su madurez lo que me aterra. Su experiencia y sus formas me llevaron a él. Me abruma saberlo frágil.

Deja de preocuparme su miedo a la soledad. ■



Alejandra Arcila Yepes
(Colombia)

Nació en Medellín. Ganadora de una de las becas de creación artística que otorga la Secretaría de Cultura de esta ciudad y cuyo producto es el libro *Mujeres de úteros vacíos*. Egresada de Comunicación y Lenguajes Audiovisuales de la Universidad de Medellín. Algunos de sus textos han sido publicados en antologías literarias y en ediciones virtuales. Ha ejercido su profesión en entidades como la Agencia para el Desarrollo Regional de Antioquia y la Federación Antioqueña de ONG. Perteneció al taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia.